

**X**

**CLEMENTE  
PALMA**

**Y**

**NOVELA  
GROTESCA**

**Z**

**LIMA - 1934**

# **P R O L O G O**

**D**EPORTADO a Santiago de Chile por el más deplorable gobernante que ha sufrido mi patria y al que hubo de asesinársele para evitarse que siguiera deshonrándola dentro y fuera, pasé año y medio en la culta capital chilena, lejos de los míos y procurando ganarme la vida modestamente como Dios me diera a entender.

En los ratos de ocio y de soledad, que han sido bastantes, he distraído mis nostalgias recordando que otrora, cuando el periodismo no me había cogido aún entre sus garras, había sido, por vocación hereditaria sin duda, algo literato; y renové labores de este género, escribiendo algunas correspondencias para la NACIÓN de Buenos Aires y publicando cuentos en el MERCURIO de Santiago.

En las noches, estimulado por mi antigua afición a los esparcimientos que la ciencia metida a artista ha inventado —el Cine y el Radio— concurría en veces a los teatros para entretenerme un rato con los pastiches dramáticos, aventureros o cómicos que se desenvuelven en la pantalla, y que antes tenían para mí el prestigio de substituir con meras leyendas sintéticas lo que generalmente había de más malo en las obras teatrales: la letra. Pero el cine sonoro nos ha traído —cierto que hasta ahora con alguna discreción— la inclusión de la palabra humana. Menos mal que también nos obsequia con la voz de la naturaleza y de la vida de las cosas.

Ha más o menos cuarenta años, cuando el mundo entero se asombró con el maravilloso invento de Tomás Alva Edison, el registro de la palabra humana y de la música en tubos de cera, el conde Villiers de L'Isle Adam escribió una romancesca fantasía en homenaje al prodigioso invento, LA EVA FUTURA, la novela del fonógrafo. Si he de decir sinceramente mi impresión, recuerdo que no me pareció ese libro el mejor de los que escribió el eminente autor de los CUENTOS CRUELES.

Cuando el arte y la industria cinematográficas alcanzaron mayor auge —me refiero al cine mudo— pensaba que esta deleitosa y espiritual conquista de la ciencia, que lo era tanto o más que el fonógrafo, merecía tener también su novela. Solo que ya el conde Villiers había muerto y en más de un momento tuve la petulante tentación de intentar escribirla, con olvido de mi condición de escritorzuelo pobre diablo. Pero supeditada mi vida a las agitadas actividades del periodismo político y del parlamentarismo tuve que desistir de mi propósito, por que el engranaje ininterrumpido de las funciones periodísticas no me dejaba el vagar espiritual necesario para la consagración a los menesteres literarios, y, lo que es peor, la desviación de mi mentalidad constreñida por la apasionada beligerancia política, a la vez que por el comentario marginal del acontecimiento diario, me tenían cada día más distanciado del METIER vocacional.

Ha sido necesario que el destierro con que se quiso eliminarme o castigar virtudes o pecados de periodista y de político, me hiciera hurgar en el cofre de los recuerdos, encontrando en un rincón de mi espíritu el olvidado y proyectado de escribir una novela sobre el Cine. De primer impulso —que se dice que es el sensato— devolví el hallazgo a su rincón. Pero la ociosidad es mala consejera, y es péfida porque estimula astutamente el afán deliberante, y cuando se discute consigo mismo está uno perdido. Perdóname lector, que te haga testigo del diálogo que sostuve con mi propio yo, e iniciado con esta pregunta:

—Por qué no intentar la aventura?—

—Porque ella requiere una previa labor de investigación y documentación sobre el tema.

—¿Pero acaso la he practicado alguna vez con, las cosas, imaginativas que he escrito? Siempre he comenzado a escribirlas tirando con la punta de la pluma el cabo de la madeja sepultada en el subconsciente: el material ideológico o fantástico iba tomando cuerpo a su antojo... Si era bueno o malo lo que a la postre salía ya no era cuenta mía sino del lector...

—Te puede salir algún Zoilo increpándote la falta de originalidad del tema, después de escrita la novela de Villiers.

—Me tendría sin cuidado la observación, que desde ahora declaro arbitraria y necia, porque no conservo sino un recuerdo global de la remota lectura, de modo que sería difícil que con una base ideológica fundamental completamente distinta pudiera presentarse en la acción, en los episodios y detalles, similitudes que recuerden la obra francesa.

—Bien; pero un romance sobre el Cine exige el conocimiento del medio en que viven las "estrellas", de su psicología, y siquiera haber visitado la metrópoli del Cine, Hollywood...

—Precisamente por no conocer nada de ese mundo sino por volanderas lecturas mentirosas es que me seduce la idea de imaginármelo...

Y aquí viene la más seria de las objeciones, que me hiciera mi yo:

—Forzosamente tus facultades imaginativas tienen que estar ya en decadencia: ya pasaron los bríos y entusiasmos juveniles que generaron los CUENTOS MALÉVOLOS y tropezarás hasta con resistencias de técnica literaria.

—Perfectamente; el nuevo libro me servirá de manómetro indicador de la atmósferas de presión que conservó en la caja craneal; siempre será útil para mí saberlo, aunque ello me traiga desconsuelo. Querrá esto decir que el nuevo libro será mi último engendro imaginativo.

Y así una mañana tibia de marzo comencé este romance grotesco de marionetas y, con intervalos más o menos largos, lo terminé una mañana lluviosa de junio. Y lo echo a rodar por el mundo. Quieran los dioses depararle la buena acogida de las gentes. En el peor de los casos será un libro indiferente, uno más de tantos, uno de esos libros anodinos, como uno de esos seres neutros que el Dante colocó a la entrada del Infierno y de los que dijo: NON RAGIONAN DI LOR MA GUARDA E PASSA.

# **PRIMERA PARTE: LA CIENCIA**

**A**UNQUE se trata de un suceso ruidosísimo que mantuvo la atención pública de los Estados Unidos y de todo el mundo por una enormidad de tiempo, algo así como diez días, nadie como yo conoce los antecedentes, desarrollo y detalles íntimos de un acontecimiento superficialmente conocido por las gentes, y que, para que no borre de mi memoria con el correr del tiempo, he querido dejar minuciosamente consignados en estos apuntes que no pretendo engalanar con atavíos retóricos, porque no es una novela sino un atestado lo que quiero entregar al papel, no sólo con la finalidad de refrescar mis recuerdos sino también para que algún día lejano, cuando haya yo desaparecido —y mi intención es retardar cuanto pueda este hecho fatal que siempre me parecerá prematuro— se conozca la verdad de las cosas, la que está muy lejos de ser lo que se expresa en el legajo que obra en los archivos de la policía de San Francisco con la sumilla inexpresiva de "El caso de los "dobles" de Hollywod y la locura de Mr. Rolland Poé (a) doctor Xyz".

Hace quince años, Rolland Poé, natural de Los Angeles, estado de California, y yo; William Perkins, de Missouri, éramos estudiantes de la Universidad de Los Angeles, en donde cursábamos los estudios de Ciencias Físicas y de Ingeniería con bastante entusiasmo, especialmente Rolland que tenía una excepcional preparación de matemáticas superiores, y todas las cuestiones las traducía en intrincados problemas de álgebra. Toda la fenomenología de las fuerzas físicas las convertía Rolland en ecuaciones, y no bien el ilustre profesor de Física nos exponía las leyes de la refracción, de las presiones hidrostáticas o de los potenciales eléctricos, ya estaba mi compañero haciendo bailar raras zarabandas a las xxx, yyy y zzz bajo los largos aleros de los radicales o haciendo desfilar ejércitos de polinomios comandados por los coeficientes, irguiendo como pendones los exponentes y arrastrando las bicicletas sin timón del infinito. Evidentemente Rolland era el primer alumno de la sección, y los compañeros le apodaron con el remoquete de doctor Xyz.

Cinco años después Rolland se graduaba de ingeniero, leyendo en la Universidad una brillante tesis que fué muy celebrada y discutida, en los círculos científicos. Pronto conquistó posiciones distinguidas y empezó a ganar pingües sueldos en empresas industriales y a adquirir fortuna con la explotación de inventos interesantes, perfeccionamientos de procedimientos industriales o nuevas aplicaciones o derivaciones de las máquinas usuales.

Yo, también, tuve alguna, suerte en mi profesión de arquitecto. A poco Rolland había entrado, no obstante su juventud, en la categoría de sabio, y en los centros científicos se le consideraba como el futuro heredero de Edison, no faltando quiénes le atribuían mayor preparación técnica y mentalidad más vigorosa que la del eminente padre del fonógrafo. Rolland y yo continuamos nuestra fraternal intimidad y nos veíamos con la frecuencia que nos permitían las ausencias obligadas de nuestras labores profesionales.

No porque Rolland fuera un sabio era un señor grave, de lenguaje atiborrado, de conceptos inabordables para la mentalidad vulgar, ni se le veía sumido en las intrincadas y tortuosas lucubraciones de la alta ideología científica. Nadie al ver a ese mozo jovial, de rizada cabellera rubia, elegante sin afectación, de simpática figura, que reía con risas francas, y que sin escrúpulos quebrantaba la ley Volstead, cuchufleteaba con las girls y más de una vez fuera protagonista de aventuras escabrosas, nadie diría, repito, al ver este mozo que así derrochaba alegría y travesuras en sus horas de expansión, fuera el sabio de sólida complexión mental que escribía novedosos y audaces repports en las revistas científicas y explicaba con una claridad asombrosa las más oscuras y complicadas teorías sobre la constitución de la materia y de los átomos. El fue quien hizo la mejor explicación del relativismo einsteniano, del que se hizo sostenedor, lo que no le impidió rectificar algunos de los conceptos de la teoría, muy especialmente algunas de las abstrusas ecuaciones referentes a la gravedad de la luz, rectificaciones que el mismo Einstein aceptó considerándolas unas veces como correcciones a errores tipográficos y otras como ligeras inadvertencias suyas. Cuando el eminente sabio judío hizo su visita a los Estados Unidos, fue Rolland la persona que tuvo mayor interés en conocer. Y lo mismo sucedió con madame Curie a la que Rolland había hecho algunas objeciones respecto al índice de radiación que servía de base para fijar el coeficiente de producción de radio puro en cada millar de toneladas de pechblenda.

Tal era el sujeto con quien, en Nueva York, en un octavo piso de la Calle 42, West, y en un confortable departamento, conversaba yo haciendo los honores a un five o clock tea, complementado con una botella del mas fino y caro Cherry. Después de girar nuestra charla por los recuerdos de nuestra vida, de estudiantes, de aventuras amorosas y de incidentes más o menos pintorescos de nuestra vida profesional, vino a caer nuestra conversación en tópicos de ciencia superficial en relación con la filosofía.

—El concepto moderno—decía Rolland, mientras encendía un cigarrillo—sobre la materia en conexión con la realidad fisiológica, prescindiendo de conceptualismos abstractos y de trascendentales teorizaciones se mantiene dentro del plano que señaló el viejo Locke a las ideas con su aforismo famoso de que nada sube a la inteligencia que no haya pasado antes por los sentidos. Es materia lo que hiere por lo menos dos de los sentidos fundamentales del contacto con el exterior, que son el tacto, la vista y el oído. El olfato y el gusto son sentidos de pura animalidad y su contingente informativo es tan insignificante que si fueran los únicos, nuestra ideología estaría intermedia entre las del topo y la ostra. La materia física comienza a ser perceptible y a ser sustantiva en cuanto hieren el oído la vista y el tacto: desde ese momento la materia nos habla su vida y surge en nuestro espíritu el esbozo íntimo de su existencia complicada y sutil.

—Es decir—le observé—es desde ese momento que nuestra alma, razón o fantasía o como querramos llamar a nuestras actividades psíquicas, comienza a hacer interpretaciones arbitrarias, que responden a nuestra arquitectura mental mejor que a la realidad misma.

—¿Eres kantiano, viejo? Me alegro: en efecto hay que ser kantiano, puesto que no podemos salir de nosotros mismos, y tenemos que resignarnos a las representaciones que del mundo podemos tener. Pero si no es dable seguir otros rumbos y todo nuestro campo de acción ideológica está limitado por las categorías y entelequias, en cambio en la vida misma, en el desarrollo de la biología del mundo tenemos con estos elementos de apreciación de la materia lo suficiente para ejercitar nuestras energías con una fecundidad fantástica. Atengámonos a ello y saquemos todo el provecho posible que es ilimitado, prescindiendo del misterio íntimo de la realidad en su esencia y en su valor ontológico. La ciencia humana tiene un campo infinito de acción y maravillosos horizontes y promesas; a tal extremo se extiende en derivaciones ilimitadas que creo que llegaremos a reproducir la vida misma y a ser como dioses.

—¡Caramba! ¡Es mucho decir, amigo!

—Pues es así. Mientras elucubremos sobre el campo de la simple metafísica nuestra obra será estéril; pero si hacemos de la metafísica solo un punto de partida para obrar en la física la acción del hombre se hace divina. Dios debe su poder infinito a eso: a que no se limitó a ser metafísico y paso a ser experimental : el Cosmos no es sino la experimentación infinita del Ser Supremo: el devenir de que nos habla Hegel: es el paso de las abstracciones nebulosas a la acción y a la realidad. Y el hombre al acertar con eso que llama la ciencia no ha hecho sino adoptar, la orientación de la fuerza divina. Brindemos otro vasito de brandy en honor de las maravillas en potencia de la ciencia humana.

Y sirvió una nueva ración del exquisito licor que bebimos con deleite.

—Me da a la nariz—le dije— que tu tienes algo en preparación y un día de estos, nos vas a salir con un invento despampanante que me imagino no sería la tontería anodina de la cuadratura del círculo, ni la necedad del movimiento continuo, ni el ensueño novísimo y teórico de la cuarta dimensión. Ea, vamos, desabróchate y dime algo de tu empeño, en el que no dudo de que triunfarás, pues has demostrado que no eres de los sabios que se chiflan con los absurdos sino con las cosas prácticas.

Rolland soltó la risa, esa risa franca que le iluminaba el rostro y enaltecía su hermosa fisonomía de muchacho alegre, y dándome un fuerte manotón en el hombro, terminó su vaso, diciéndome:

—Mira, viejo en esta vez te engañas, porque, desde hace algún tiempo se me ha metido en la cabeza una fantasía que a primera vista ha de parecerte idiota y después... también. Pero que quieras, se trata de un absurdo que no me lo parece tanto. Lo he estudiado hasta en el plano de las funciones indeterminadas del cálculo infinitesimal, y he llegado a conclusiones bastante satisfactorias.

—Ya pareció el doctor Xyz. . . Mira, déjate de álgebras trascendentales y vamos al grano.

Ecuaciones a un lado ¿de qué se trata?

—Bueno, hombre, te lo diré si me empeñas tu palabra de no volver a acordarte de este asunto hasta que no te diga si he tenido éxito, y muy especialmente de no referirle a nadie mi empeño.

—Eso de no volverme a acordar de tu asunto va a ser muy difícil, sobre todo si se trata de un absurdo, porque los absurdos siempre son seductores. Pero si te doy mi palabra de que no hablaré con nadie, sino contigo, de una materia, que es enteramente tuya; de mi amistad no puedes dudar ni un segundo, y de mi circunspección ni medio segundo.

—Basta, ni media palabra más. Pues bien; recordarás que hace seis meses fui a pasar una temporada en Los Angeles, nuestra querida ciudad universitaria, para inspeccionar la administración técnica, de una fábrica de autos en la que soy accionista y en la que se iba a aplicar en la carrocería un giróscopo de mi invención combinado con el juego de los frenos de glicerina y en cuya coordinación parece que los técnicos estuvieron desatinados. En efecto, un persistente error en los cálculos de la proporcionalidad de los diámetros en los ejes malograba el juego de las velocidades de los discos giratorios.

Me fue fácil dar con el origen del error, y corregido éste se logró regularizar con éxito el movimiento apetecido. Como podía disponer de un par de semanas accedí a la invitación de Douglas Fairbanks de visitar su villa en Hollywood, en la que pase días encantadores con las estrellas del cine. Presenció filmaciones, interesándome vivamente el procedimiento de la impresión sonora, al extremo de que adquirí un pequeño equipo muy completo para experimentación de aficionados, y un buen lote de cintas protagonizadas por las artistas que había tratado y me dejaron mejor impresión por su belleza y espiritualidad. A mi regreso a Miami a la residencia y laboratorios que tu me edificaste, me ocupé algún tiempo en el estudio técnico de la cinematografía sonora, y llegué a perfeccionar un dispositivo para la visión en relieve y que hace poco he patentado, basado en un principio nuevo de distribución racional pero independiente de las sombras. Fue entonces que se me ocurrió el más racional de los absurdos, que también se te va a ocurrir a ti... Ya verás. Figúrate que una noche en uno de mis talleres hice pasar con uno de mis empleados una cinta de unos doscientos metros, tomada especialmente para mí y con cuyo obsequio quisieron gentilmente agazajarme los señores de Hollywood. La pantalla era relativamente pequeña y me veía yo sentado en un banco de mármol cerca de una, amplia piscina. Los y las artistas antes de tomar el baño se acercaban a saludarme y departir bromeando conmigo. Recuerdo que la deliciosa y espiritual Norma se acercó y me invitó empeñosamente a que la acompañara en el baño. El relieve era tan perfecto, la sensación de la vida, tan completa, veía y es-escuchaba a Norma con tal claridad, siendo además el colorido de la carne y de las cosas tan exactos, merced a un novísimo sistema de coloración pigmentaria de la emulsión de las cintas, que la impresión de vida era casi absoluta... ¿Qué faltaba para que la sensación fuera completa? Respóndeme....

—Pues... casi nada— como quien dice tocar las estrellas.

—Exactamente. Pues eso es lo que pensé; eso es lo que me hizo meditar sobre la posibilidad de resolver el problema de la materialización de esas figuras visibles y audibles pero intangibles; y creo que no es imposible hacer intervenir en el asunto el tercero de los sentidos de relación: el tacto.

Solté la carcajada.

—No es mala la ocurrencia, grandísimo pícaro! No te basta con tener a la vista a las lindas y graciosas chicas sino que necesitas palparlas con tus manos pecadoras! Vaya con el incorregible fauno...matemático!

Rolland sirvió otra ración de su riquísimo cherry y tranquilamente vació el contenido de su vasito.

—Mira, Billy, no lo tomes a chunga... El invento que proyecto no es una broma sino una verdadera revolución biológica hasta este momento teóricamente factible. Tengo bastante avanzado el estudio del punto y mi actual presencia, en Nueva York se debe a que necesito documentarme más, para mis ensayos, con las experiencias de los eminentes profesores Starrow y Alexander sobre la generación y conservación de las células orgánicas. Si, como espero, llego a avanzar algo más en mis conocimientos y experiencias sobre el particular, ya te hablaré de las consecuencias maravillosas que tendrá para la ciencia y para el mundo este prodigioso invento, dicho sea sin modestia el más estupendo

con que contara el hombre. ¿Te imaginas todo lo que significa eso de reproducir por medio de una práctica distinta de la inveterada y normal a los seres humanos y animales? Bien sé, bribón que, como la vieja del cuento, has de preferir el sistema antiguo. ¿Te das cuenta de lo absurdo y desconcertante que será el poder reproducir y multiplicar a voluntad los ejemplares valiosos de la humanidad?... Casi, casi no es crear la inmortalidad el poder repetir indefinidamente la vida de un ser querido, del cual se conserva como un trade de union a una nueva existencia artificial la figura y la voz y... el alma?... Bueno, basta por hoy. Ya sabes a callar como un sepulcro. Y ahora si quieres vamos a dar un paseo por Riverside o Broocklyn antes de cenar y de ir al Metropole a escuchar al viejo Chaplin.

## II

Durante los dos meses que estuvo Rolland Poé en Nueva York le vi pocas veces. En una que otra ocasión en que logré encontrarle en su departamento de la calle 42, aun cuando le promovía, la conversación sobre sus trabajos no me daba mucha luz y simplemente me decía que avanzaba notablemente en sus estudios y documentación sobre la creación y vivificación de las células orgánicas.

Una tarde en la que estaba yo tomando un refresco, a base de whisky con hielo en un bar de la Quinta Avenida, vi pasar de prisa a Rolland. Le llamé y no me oyó o no quiso oírme. Me sentí majadero y envié un groom a que le diera, alcance y le dijera que su amigo Perkins le invitaba a tomar un refresco antivolvsteano. Regresó el groom y me trajo la respuesta de Rolland, excusándose por tener urgencia de acudir a una cita.

Al día siguiente, en la mañana, mientras leía en la cama el "New York Herald" recibí una carta de Rolland en la que me decía lo siguiente:

"Mi querido Billy: Esta noche tomo el tren para Florida y todo el día estaré ocupado. En la tarde de ayer, cuando me llamaste para corromperme, iba justamente, a despachar una larga serie de bultos conteniendo aparatos e instrumentos, para mis experiencias que espero avancen una barbaridad, lejos de tu pernicioso contacto. En cuanto obtenga algo apreciablemente satisfactorio te haré un telegrama pidiéndote que vayas a acompañarme por algún tiempo, no mucho en Xyzville. Te voy a necesitar, porque un amigo de intimidad es siempre un auxiliar para el comento de experiencias, aunque no las entienda, y es útil para hacerle sufrir el mal humor de los fracasos, así como para tener con quien vulnerar gravemente la ley seca. Además, es posible que tenga que aprovechar tus servicios profesionales, como en Xyzville, siempre que no me robes escandalosamente, pues proyecto la edificación de otro palacete cuyos planos oportunamente confeccionaremos. No te comprometas pues para trabajos que te duren más de seis, meses, pasados los cuales te arraigare. ¡Contéstame si estás dispuesto a aceptar lo que te propongo. Espero que sí; si me equivoco y tienes la felonía de rehusar, pues vete al diablo. Te abraza tu viejo camarada.—

Rolland Poe".

Decididamente Rolland se ha chiflado—pensé después de haber leído su carta.—Como hace un año heredo de su padre varios millones de dólares, estos unidos a los que él se ha hecho con su talento le ponen en excelentes condiciones para entregarse a todo género de extravagancias. Dentro de cuatro meses habré terminado la edificación de la nueva oficina de Rowe Curzon and Co. y quedará libre para aceptar la invitación de mi amigo.

Y le escribí el mismo día a Xyzville, diciéndole que podría disponer de mi persona en la época que me había indicado.

## III

Ciento sesenta días después recibía un telegrama de Rolland:—"Arregla maletas y parte enseguida Xyzville. Utiliza mi Rolls que ordeno mi apoderado en ésa ponga a tu disposición. Creo vamos camino éxito. Adviértote estada será larga, pero provechosa para ambos. Shako hand.—Rolland".

En pocos días arreglé mis asuntos particulares como para una ausencia de varios meses.

Recogí do donde el apoderado de Rolland su magnífico Rolls Royce, amplio y cómodo sedán que atiborré de maletas con mi ropa y menesteres de uso personal, metí en la cartera varios miles de dólares y partí de Nueva York con rumbo al sur. El tiempo era bueno, pues comenzaba la primavera, y sin sufrir ningún contratiempo, marchando a una velocidad media de cincuenta millas, llegué a Miami. donde me esperaba, en el punto de arranque del camino a Xyzville, mi antiguo camarada. Despachó con el chauffer el Packard de turismo en que había ido y se pasó al Rolls, cogiendo el volante después del fuerte abrazo que nos dimos.

—Debes estar cansado de timonear por dieciocho horas esta fragata. Déjame tomar el comando para conducirte... Diablo! La gasolina que te han vendido en el último puesto no es muy buena... Este Rolls es muy engreído y se pone a rezongar cuando no le dan a beber de lo mejor... Llegas a tiempo para almorzar conmigo, pues supongo que no lo hayas hecho. Se ve en tu cara, que tienes hambre y sed, lo que es justo pues son las doce y media... ¿Qué hay de nuevo por allá? Que nueva truhanada ha hecho Al Capone con sus gangsters en Chicago? Se tiene noticia fidedigna de que Coolidge haya hablado algo sobre asunto alguno?... Mis experiencias van viento en popa; te vas a quedar estupefacto cuando veas el punto a que hemos llegado...

—A qué has llegado tú... sabio chiflado y charlatán e iluso... No me vas a hacer creer que ya me tienes listas media docena de girls a quienes podamos pellizcar de sobremesa...

—Sátiro infecto, si hubiera sospechado los propósitos libidinosos que te traías te hubiera hecho un telegrama suspendiendo tu viaje para que te regresaras a tu metrópoli de corrupción y molicie. Aquí se viene a hacer ciencia superior y extrahumana...

—Sí...sí... Tres equis raíz de pí más ochenta y cuatro y elevado a pí sobre dos menos siete equis a la cuarta, partido todo por la décima cuarta raíz de quince zeta... ¡Qué te aguante Einstein!... Házme el favor de parar el carro: me regreso. ¡Anda a asesinar a Stalin !...

—Tranquilízate, hombre, que te perdono la vida; ya pasamos la etapa algebraica para merodear en el campo de las ciencias aplicadas.

Y en charla, por este estilo se pasaron los quince minutos que empleó el Rolls, escoltado por el Packard, para llegar a Xyzville.

Ante nosotros se presentó una alta verja de hierro empotrada en un largo muro bajo de ladrillo y cemento, de más de cien metros de frente, en cuyo centro se abría una gran puerta de bronce que daba acceso a una ancha vereda enarenada, que a los treinta metros se bifurcaba conduciendo la senda de la derecha a un elegante chalet que destacaba entre la, arboleda de un bosquecillo su armoniosa silueta de tres pisos. Y no insisto en celebrar la construcción por un loable sentimiento de modestia del que habría podido prescindir, si en uno de los lados de la puerta de entrada no se ostentara, en un pequeño bloque de piedra negra el nombre del arquitecto, o sea el mío. El camino de la izquierda conducía a la construcción especial dedicada a las usinas y laboratorios y gabinetes experimentales del ingeniero y hombre de ciencia. Un camino directo de la mansión al departamento de trabajo cerraba el triángulo, dentro de cuyo perímetro había un magnífico jardín de escogidas plantas perfumadas en que primaban las rosas, y en cuyo centro había una artística pila circular con un elevado chorro de agua que descendía desmenuzando finamente, como un tul irisado por los rayos del sol.

Bajamos del auto. No entraré en descripciones ociosas de las habitaciones y su mobiliario. Basta decir que había allí, todo lo que puede apetecerse en la quinta de un hombre rico, de buen gusto y amante del confort. Antes de pasar al comedor hicimos un sumario aseo de nuestras personas. Un mayordomo nos alcanzó un rico gin-cocktail que supimos honrar debidamente con la repetición.

Después del almuerzo, durante el cual charlamos de recuerdos y comentarios a los últimos incidentes sociales y políticos, pasamos al tercer piso en donde Rolland tenía una sala de siesta que se temperaba según la estación del año, para dormir o platicar con toda la comodidad y sibaritismo de un pacha oriental. Encendimos los cigarros y nos recostamos muellemente sobre frescos divanes. Fue allí donde iniciamos una conversación sobre el tema que Rolland no había querido tocar delante de su servidumbre, no obstante de estar formada por gente de su confianza

—Habíamos quedado—le dije—cuando ha varios meses nos separamos en Nueva York en

que te habías encariñado con la idea de complementar las sensaciones visuales y auditivas que hoy se logran en el cine sonoro, añadiendo la sensación del tacto, lo que en tu concepto significaba nada menos que la creación de la materia viva. La cosa me pareció muy bonita como teoría, pero en la práctica un desmesurado disparate, cosa que sigo creyendo, a pesar de que en tu último telegrama me dices que habías avanzado mucho en tus experiencias y estudios, lo que hace poco me has corroborado diciéndome que me iba a quedar estupefacto en punto a los progresos que habías alcanzado. Ya supondrás que tengo hambre.

—Creo, mal agradecido, que te he dado de almorzar bien...

—No me cruces el pensamiento, sabio de camama..... digo que tengo hambre de comer esa estupefacción tan sabrosa como despampanante...

—Ten paciencia, hombre, que ya llegará el momento. Entretanto hablemos.

CONTINUARA...